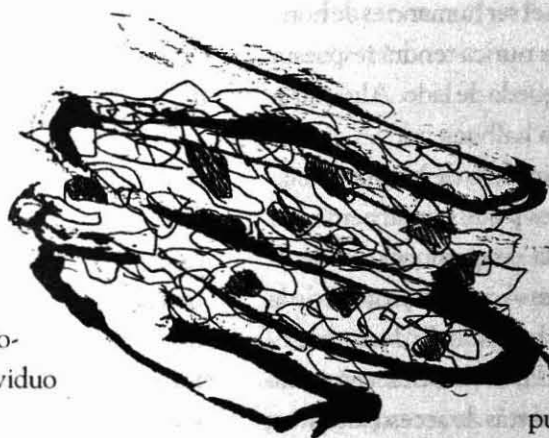


El árbol del conocimiento

ALINE PETTERSSON



Si uno de los rasgos distintivos del ser humano es el lenguaje, el otro, me parece, es la curiosidad. Ambos son origen e impulso de sus actos, y han llegado a mover, alterar, revolucionar los límites de su espacio como individuo y como especie.

Acaso, más allá, o como parte esencial del mapa genético, ese laberinto de doble hélice que está acabando ya de resolverse, nacemos con un gran signo de interrogación en la frente, característica nuestra elemental por antonomasia. Y esa necesidad de preguntarse es el motor, el primer motor de las acciones del hombre, navegante de todos los universos posibles.

Habría que decir que hay una clase de preguntas — las grandes preguntas — formuladas desde siempre, que carecen de solución. El lenguaje las ha recogido, las ha ordenado, ha hurgado en ellas. Y ahí siguen tan campantes inquietándonos desde la línea del horizonte. Mas el viaje prosigue inevitablemente. A veces pareciera que se vislumbra una sombra mínima de respuesta; se trata sólo de un espejismo.

Sin embargo, se va llegando a diversas estaciones menores a lo largo de este trayecto interminable. Se va llegando a penetrar y desentrañar algunos misterios; y desde el descubrimiento del fuego por Prometeo y desde los poetas que cantaron dicho hallazgo, hemos podido resolver un sinnúmero de preguntas. Y como una paradoja en constante revuelo, la respuesta no generará otra cosa que una nueva pregunta. Es ley inexorable.

Así, mientras Prometeo se adueñó del fuego, otro cantaba el suceso. Es decir que desde aquel lejanísimo origen,

existe la necesidad de apropiarse del conocimiento y la necesidad de reflexionar acerca de ello; y quizá estas dos premisas abarquen, en amplio, la actividad humana. Existe el impulso de llegar a fondo, y luego es-

carbar hasta aproximarse a un camino, a una veta que permita ahondar en el descubrimiento, comprenderlo y recrearlo.

Y en el espacio interior donde germinan las preguntas, algo cuyo nombre ignoro, empieza a crecer. Se trata de una especie de fiebre invasora que se va extendiendo e incendiando mente y cuerpo, que va impulsando pensamientos y acciones, que va oscureciendo regiones que puedan distraer y alejar de aquel objetivo, de aquella obsesión. Y más allá de palabras científicas o más acá de palabras poéticas, así me explico yo el tiempo creativo. Un tiempo milagrosamente expandido que va en pos del instante mismo que apresa el conocimiento.

Quizá por eso la figura de Leonardo es paradigmática, aunque hoy es también inalcanzable. Desde su hoguera de dudas, da Vinci exploró y buscó respuestas que lo llevaron a bosquejar y a crear un panorama de horizontes extensos en sus indagaciones alrededor del hombre y su universo. Era el artista que disecaba los tejidos del alma, era el científico que disecaba los tejidos del cuerpo. Era el artista cuya obra se echó a volar muy alto. Era el científico que quería construir la máquina para echarse a volar muy alto él mismo.

Y el tiempo siguió su transcurrir en al menos dos vertientes. De una parte, pasaron varios siglos, de la otra, se

llegó a la conclusión de que lo temporal en esencia es relativo. Lo que sí es un hecho es que preguntas y respuestas siguieron navegando en este problemático río. Y quizá porque no hay otro remedio o quizá porque el fuego se ha dado en clasificar los materiales combustibles y no todos los reúne en la misma pira, pero el caso es que la distancia entre una búsqueda de verdad y la otra parece cada vez más insalvable.

Cierto es que el siglo xx ha sido el siglo entronizador de la ciencia; y nos hemos beneficiado de sus hallazgos y de sus aplicaciones. Pero también hemos padecido grandes horrores por su misma causa. Así que, en todo caso, habría que ponderar bondades y bárbaros excesos. Lo que también es una hecho es que la búsqueda en el ser humano es de horizontes mucho mayores. La ciencia nunca tendrá respuesta para todo, y algo fundamental se queda de lado. Algo, diría San Juan de la Cruz, que se queda balbuciendo. Algo que tiene que ver con ese tiempo expandido de la conciencia. Algo que otea en otras direcciones y que hoy, al cerrársele los viejos caminos, dirige su mirada a expresiones casi siempre de ocasión —de triste ocasión— que se apropian de la necesidad humana de sentirse ser humano. Es decir, de asomarse a otros registros de búsqueda, cuyos bordes acaso no estén bien delimitados, y cuyas puertas de acceso suelen ser muchas veces deleznales.

Asimismo, muerto Dios, parece que también se deseara matar al arte —en su sentido más amplio— y sus

expresiones. Se percibe un dejo grande de desprecio por dichas actividades, que desde las alturas de la ciencia y la tecnología se catalogan como irrelevantes, como el molesto y metiche hermano menor. Y, por otra parte, desde la perspectiva banalizada, que también el siglo xx entronizó, parece que este punto de vista se refuerza. Podría tal vez decirse que ya le pasó su tiempo al humanismo, al hurgar en el alma, que son otros tiempos, que son otras las búsquedas. Sin embargo, la abundancia de recetas fáciles que prometen salud a cuerpo y alma lo contradicen de inmediato. La necesidad de explorar sigue tan viva como la primera manifestación del hombre que buscaba explicarse su entorno. Es sólo que parecen —por lo pronto— haberse extraviado muchas de las llaves.

La adquisición del fuego, que tan duro debió pagar Prometeo, así como el finísimo templar la lira que de ello cantara, despejaron el camino a la trayectoria humana. Y en los misterios, no resueltos, del tiempo se inscribe ese otro tiempo que una chispa casi milagrosa enciende para expandir la vía del conocimiento, que no tendría por qué atentar contra sí mismo. El árbol del conocimiento tiene varias grandes ramas, ¿por qué no dejarlas crecer en armonía si nacen del mismo tronco, si buscan viajar hacia lo alto en la incandescencia del instante que al dilatarse florece y se prodiga? ♦

